

ANTOFAGASTA, 30 de Enero de 1982.

Señor
 Patricio Aylwin Azócar
S A N T I A G O . -

MUY APRECIADO DON PATRICIO:

Cuando la radio nos daba la noticia que más tarde o más temprano sabíamos que llegaría a nuestros oídos aunque siempre, hasta el final, mantuvimos la esperanza, un reportero informó desde la Clínica "Santa María" que Ud. llegaba visiblemente emocionado, al extremo de no poder decir nada a los medios informativos. Créame que eso me dijo mucho más de lo que habría podido decir. Lloré al escuchar esa información, una vez más.... He llorado tanto....: De pena, por cierto, por la partida del Tata.... fue como el día que falleció mi padre en 1963; de admiración, desde luego, al ver a señora María y a toda la familia con tanta entereza. Digna familia para tan grande estadista!; de gratitud, al ver que el pueblo de Chile, como muchos ingenuos creyeron, no había olvidado a su guía, su líder, su mejor Presidente del siglo veinte como dijo Radomiro; de emoción y fé, al escuchar al Cardenal: tan sincero, tan conmovido, tan leal, tan fiel a la Iglesia y sus enseñanzas, tan valiente; de ira, al ver que iban a rendirle un falso homenaje quienes en el fondo no lo han sentido y equivocadamente vuelven a creer que la muerte de Frei es la muerte de una idea de la cual él sólo fue un extraordinario intérprete.

La idea no muere. La mejor herencia de don Eduardo fue su ejemplo en todos los órdenes de cosas que ya tanto se ha repetido en estos días, como sus enseñanzas de maestro, y el mejor homenaje que podremos rendir a su imborrable memoria será seguir en lo que nos enseñó. En este caso, cada uno deberá dar de sí todo lo que pueda, corriendo todos los riesgos necesarios. Yo, con la mayor modestia, estoy dispuesto a servir en la medida de mis escasas posibilidades y de mis modestas capacidades de profesor de historia y geografía. En marzo estaré radicado en Santiago, solo (mi familia se irá a fin de año), y pueden disponer de mí. Me voy a la suerte, cesante de la Universidad del Norte desde el 1° de mayo (Día del Trabajo) de 1980, en busca de algún modesto trabajo.

Usted se preguntará: ¿Porqué Eduardo Koenig me escribe estas cosas a mí?

La verdad es que quise escribirle desde el día mismo del deceso de don Eduardo, pero no podía, no era capaz de llevar al papel lo que a ratos pensaba. Mi mente estaba allá, entre todos ustedes mis camaradas, cerca de don Eduardo. Mi humanidad acá, con la congoja inmensa de no haber tenido la posibilidad económica de llegar aunque hubiera sido en bus al funeral. Dios nos envía estas pruebas y hay que acatarlas.

¿Porqué le escribo?

Porque es bueno decirle a un hombre como usted, que seguramente en su modestia se niega inconscientemente a aceptarlo, pero que debe intuirlo, que ha pasado a ser el heredero de lo que incorrectamente podría-

mos llamar el "liderazgo" de la Democracia Cristiana de Chile y, siguiendo el ejemplo del Presidente fallecido, de América Latina.

Yo no le digo ni le pido que entre en la pugna por la Presidencia del Partido. Ya lo ha sido varias veces y ha sido nuestro gran Presidente; se lo digo yo, que en 1965 estuve con Jerez, amigo de viejas luchas universitarias, pero que, desde que fue elegido, acaté su autoridad disciplinadamente.

Pero, usted debe hacer un sacrificio personal (¿Podemos pedirle otro sacrificio más?) y ser en adelante la "conciencia" del Partido, en fin, todo lo que eso significa, que sería tan largo explicar y que usted lo comprende perfectamente. Conozco muy bien a la gente nuestra de dos extremos de Chile: Mis queridos camaradas de mi añorada tierra valdiviana y a los de este desierto antofagastino donde llegué en 1974 en busca de horizontes laborales cuando la Universidad Austral me cerró toda posibilidad de empleo (La misma Universidad Austral a la que con Daiber e Irureta le obtuvimos su ley de autonomía y que don Eduardo fue a firmar a la misma Universidad, Universidad de la que antes fui miembro de su Consejo Superior). Pues bien, allá y acá siempre han dicho los camaradas: Después de Frei, Patricio Aylwin.

Seguramente su hijo Miguel Patricio que recorrió mucho del país como Presidente de la IDC hasta hace poco, habrá captado en todas partes lo mismo. A lo mejor no se lo ha dicho, pero estoy convencido que así ha sido.

Creo que tengo la obligación de decirle esto, porque creo ser guardador casual de unas frases que don Eduardo Frei me dijo una vez. Recordará usted que un día de 1973, poco después de iniciado el último e inconcluso período parlamentario, almorzamos un grupo de parlamentarios con usted en un acogedor comedor que había en el sótano del Senado y de ahí partió su postulación a Presidente del Partido. Recuerdo entre otros asistentes a solamente dos: Gustavo Gardemil y Juan Valdés.

No recuerdo si esa misma tarde o al siguiente día me encontré en un pasillo del Senado con su flamante Presidente don Eduardo Frei Montalva. Como era su característica, se detuvo a saludarme y después de un par de frases en que me preguntó por mi señora y los niños -era tan humano- se produjo el siguiente diálogo:

DON EDUARDO FREI: ¿Y cómo ves las cosas para la Junta Nacional?

Eduardo Koenig: No sé, Presidente, cuál será su opinión, pero estaré con Aylwin y justo hoy acabo de enviar una carta circular pidiendo apoyo para él a todos los que deberán venir desde la Provincia de Valdivia.

DON EDUARDO FREI: Tú sabes mi situación de Presidente del Senado y el hecho de que si me pronuncio por alguien me acusarían de intervención en la designación de Presidente del Partido.... Tengo derecho a pronunciarme, sin duda, pero no deseo crear problemas internos con todo el "problemon" que es el país en estos momentos. Pero, en confianza, te voy a decir: "A PATRICIO AYLWIN LO QUIERO COMO A UN HIJO".

No sé si tuvo la ocasión de decírselo a usted alguna vez. Yo guardé siempre en mi mente esas palabras y creo que ahora ya las puedo decir a usted y a muchos ya se las he repetido acá.

¿Puede el "hijo" desentenderse del legado del "padre"? No. Jamás, si es bien nacido como lo es usted.

Por eso, don Patricio -y perdone mi atrevimiento al hacerlo-, yo lo llamo a meditar y a asumir la responsabilidad que tiene en esta hora de Chile y del Partido. Que otro ingrese al Grupo de los 24 en su lugar y usted inicie el trabajo que Frei le ha legado sin escribirlo ni decirlo, pero que está claro en la mente de todos los camaradas del país. Si para esto es necesario de colaboradores en las más modestas tareas que sea preciso realizar desde la base, yo estoy a su lado.

Iré a verlo cuando llegue a Santiago.

Mientras tanto, pidamos a Dios por don Eduardo; y a él, que ruegue desde cerca del Padre por la liberación de Chile; tratemos de encontrar explicación a todo lo ocurrido para que su muerte no sea en vano; pidamos luces al Señor para cumplir su Evangelio en el plano contingente de la política y, en un abrazo fraternal, prometamos seguir adelante con lo que Frei nos enseñó.

Con especial afecto lo saluda su camarada y, si usted me lo acepta, su amigo


Eduardo Koenig Carrillo.

Le ruego saludar muy atentamente a Andrés.